

N. 4.

Pág. 1.^o

COMEDIA NUEVA JOCO-SERIA,

EN TRES ACTOS.

CAPRICHOS DE AMOR Y ZELOS.

POR FERMIN DEL REY.

PERSONAS.

<i>Don Saturio</i> (figurón) tío de	+++	<i>Don Victor</i> , Vizconde de
<i>Doña Eugenia</i> y	++++	Valle-Seco, Galan.
<i>Doña Fausta</i> .	++++	<i>Antolin</i> , criado de Don
<i>Doña Rosalía</i> .	++++	Narciso.
<i>Liseta</i> , criada.	++++	<i>Chupa-guindas</i> , criado de
<i>Don Narciso</i> , Galan.	++++	Don Saturio, Vejete.
<i>D. Claudio</i> , su amigo, Galan.	++++	

La Escena se finge en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Salon. Salen Doña Eugenia y Doña Fausta.

Eug. **H**ermana, veo que estás hoy de pendencia conmigo.

Faust. Perdona, Eugenia, me enfadas.

Eug. Pues dime, en qué te he ofendido?

Faust. No puedo aprobar el modo con que trata tu desvío á Don Narciso, cuando él á complacerte rendido anhela; él es un cordero, mas tú eres un basilisco.

Eug. Pero, válgame Dios! tanto te interesa Don Narciso?

Faust. Solo falta que tambien tengas zelos de mí: digo

que es un Caballero ilustre, de buen corazon y rico, que tu dote es muy escaso, que ha gastado nuestro tío en frioleras lo mas, y que nos ha reducido á un estado deplorable; que yo me casé á mi arbitrio por salir de su tutela fatal; que con mi marido pasé tres años de infierno, que se murió el pobrecito, y que cuando se murió tuve muy poco motivo

- de llorarle. A tí, sin duda,
 te sucederá lo mismo,
 si á Don Narciso, que puede
 hacer feliz tu destino
 dándote su mano, tratas
 con un modo tan esquivo:
 anoche se enfadó mas
 que otras veces, é imagino
 que por hoy no vendrá á verte.
- Eug.* A que viene mas sumiso
 que nunca, y á que si quiero
 me pidé perdon?
- Faust.* Qué lindo!
 él te ha de pedir perdon,
 y eres tú quien le ha ofendido?
- Eug.* No será la vez primera.
- Faust.* Tú confías infinito
 de su bondad.
- Eug.* Y él se fia
 bastante de mi cariño.
- Faust.* Le quieres bien, y le tratas
 mal.
- Eug.* Qué es lo que le he dicho?
 El tambien es delicado,
 y se pica de continuo.
- Faust.* Mas si le atormentas siempre
 con su cuñada.
- Eug.* Bendigo
 tu inocencia! Y porque él solo
 te lo asegura, has creído
 que es la esposa de su hermano
 una muger que ha venido
 á estar oculta con ellos,
 sin saber por qué motivo?
- Faust.* Si sabes, pues, porque no
 le importunes te lo dixo.
- Eug.* Sí, me dixo que su hermano,
 por amor ó por capricho,
 se casó con una dama
 pobre, sin darle á su tio,
 que está fuera de Madrid,
 parte de este desatino,
 que como á heredarle aspiran
 teme se juzgue ofendido;
 que marchó á satisfacerle
 ahora, y que el señor mio
 se quedó con el encargo
 de servirla de rodrigo:
- me lo ha dicho, dices bien,
 pero yo no lo he creído.
- Faust.* Pues yo te digo que es ella
 su cuñada, y te lo afirmo,
- Eug.* Lo sabes?
- Faust.* Sí.
- Eug.* Y cuál es de ellos
 su amante favorecido?
- Faust.* Dale, si te digo que es
 su cuñada.
- Eug.* Pues si es fijo,
 yo aborrezco á su cuñada
 con todos cinco sentidos.
 Pero quién entra?
- Faust.* El criado
 parece de Don Narciso.
- Eug.* No lo dige? Y cuánto crees
 que tarde en venir él mismo?
- Faust.* Espera, espera, quién sabe
 si trae algun recadito
 que no te guste?
- Sale Antolin con un canastillo cubierto con un tafetan, y un billete.*
- Ant.* A los pies
 de ustedes.
- Faust.* Seas bien venido,
 Antolin: cómo está tu amo?
- Ant.* Bueno está para serviros.
 Aquí os traigo este papel.
- Eug.* Muestra. *le toma y abre.*
- Faust.* Y ese canastillo
 qué trae?
- Ant.* Un poco de fruta
 que le ha enviado un amigo
 de Aragon.
- Faust.* Lee, te escribe
 enfadado?
- Eug.* El pobrecito
 quisiera darlo á entender,
 mas no acierta. Oye el principio.
 Cruel! vaya, vaya.
- Faust.* Esa es
 una expresion de cariño.
- Eug.* Me tomo la libertad
 de enviaros por indicio
 de mi memoria esa fruta,
 por si con ella consigo
 dulcificar esos labios

que tan amargos han sido siempre para mí.

Faust. Todo eso es amor.

Eug. Hubiera yo ido á llevárosla en persona, si no temiese el peligro de aumentar vuestros furores con mi vista.

Faust. Lo has oído?

Eug. Pero vendrá? Sé muy bien que en solo verme os irrito, y así, como os quiero tanto aun contra mi vida os sirvo.

Faust. Lo ves?

Eug. Pero vendrá? Bien que yo no me juzgué digno de tanto favor: quisiera mereceros por alivio dos letras de vuestra mano, en que vea que el antiguo amor vive en vuestro pecho, y si murió ha renacido.

Faust. Vaya, respóndele.

Eug. Tienes un genio muy compasivo.

Faust. Yo no puedo ver penar á nadie.

Eug. Pero es preciso no ser tan condescendiente á cautelas y artificios, que los hombres todos son nuestros fieros enemigos, y de nuestra piedad forman su tirano despotismo.

Faust. Yo nunca he sabido ese arte, y siempre le juzgué indigno: respóndele con dulzura, no le obligues á un delirio.

Eug. Respóndele tú por mí.

Faust. Quieres?

Eug. Sí, te lo suplico; yo en escribir tardó mucho, y así será respondido mas pronto; traeme la carta, y la firmare aquí mismo.

Faust. Bien; pero mira que yo he de escribir á mi arbitrio.

Eug. Como quieras.

Faust. Para hacerle enfadar mas, no le escribo.

Eug. Pues tú crees que yo quiero enfadarle si le estimo?

Anda, escríbele una esquila expresiva en nombre mio.

Faust. Pues voy, y vuelvo al instante.

Ant. Dónde pongo el canastillo?

Faust. Dámele: mira qué fruta tan hermosa. El ha sabido que te agrada, y te la envía. Está enojado contigo, y aun te regala; si á mí me presentase el destino un novio como este, yo perdiera con él el juicio. *vase.*

Eug. A qué hora se recogió anoche tu amo?

Ant. Vino mas temprano que otras veces.

Eug. Y su cuñada qué dijo al verle volver tan presto?

Ant. Se lo agradeció infinito.

Eug. Pues qué Doña Rosalía no tiene tertulia?

Ant. O! lindo humor tiene ella para eso.

Es celoso su marido, y desde que á Talavera se marchó á ver á su tío, la dejó recomendada á su hermano, y no ha admitido en todo ese tiempo aun la conversacion del un mosquito.

Eug. Y en efecto, ella es muger del hermano de Narciso?

Ant. Así lo dicen.

Eug. Dios quiera no sea lo que imagino.

Don Narciso la acompaña?

Ant. Sí, la divierte un poquito.

Eug. La divierte bien.

Ant. Tiene esta muger un genio maldito, y yo no quisiera errar.

Quando está en casa es preciso: quiero decir: comen juntos.

Caprichos de amor y celos.

- Eug.** Ya, y por las tardes amigos suyos le han visto en el Prado con ella.
- Ant.** Yo á punto fijo no lo sé.
- Eug.** No, tú lo quieres ocultar, pero es delirio, porque yo no ignoro nada.
- Ant.** Los visteis?
- Eug.** Puedo decirlo, y ayer fueron de paseo tambien.
- Ant.** Si vos lo habeis visto, por qué me lo preguntais?
- Eug.** Ve aquí, ya el tonto ha caído. Conque fueron?
- Ant.** Puede ser.
- Eug.** Puede ser! me desatino: dí que sí seguramente.
- Ant.** Sí señora.
- Eug.** Y han venido muy tarde á casa?
- Ant.** Serian las once.
- Eug.** Pues, no lo digo?
- Ant.** Yo rabio por irme.
- Eug.** Y luego jugarian un ratito.
- Ant.** Sí jugaron.
- Eug.** Déjale que venga, que venga.
- Ant.** Pues qué, yo he dicho.
- Eug.** O! nos veremos las caras.
- Sale Fausta.*
- Faust.** Ve aquí, ya la carta he escrito: quieres oirla?
- Eug.** No: dame.
- Faust.** Antes leerla es preciso. Mi bien.
- Eug.** Mi bien! y qué bien!
- Faust.** Qué dices? *(con ira.)* Nada, me ríes.
- Faust.** Por qué?
- Eug.** Porque dices bien.
- Faust.** Escucha! En mí ha producido tanto gozo vuestra esquila, que no encuentra mi cariño palabras equivalentes al júbilo que recibo.
- Eug.** Y qué júbilo!
- Faust.** Mas baste, querido dueño, el decirlo que el tiempo que de mi vista faltais me parece un siglo.
- Eug.** Nada menos?
- Faust.** Venid pronto á consolar mi afligido corazon.
- Eug.** Pronto, corriendo.
- Faust.** Qué?
- Eug.** Que está muy bien escrito.
- Faust.** Vereis no soy la cruel que decís, que soy y he sido siempre vuestra fiel amante.
- Eugenia.** Qué tal?
- Eug.** Muy lindo: dámelas.
- Faust.** Para qué?
- Eug.** Para que diga la ha recibido de mis manos, ya que tú tambien la firmaste.
- Faust.** Has dicho muy bien, toma.
- Eug.** Dile á tu amo *(con mucha ternura.)* que mi hermana se ha servido de escribirle por respuesta una carta en nombre mio muy amorosa, y que yo con mis manos la he roto.
- Faus.** Qué has hecho? *(desprecio é ira.)*
- Eug.** Y dile que venga, porque á boca determino responderle.
- Ant.** Bien está.
- Faust.** Mira, por ningún motivo le digas que Eugenia ha roto el papel.
- Eug.** Has de decirlo, y te regalaré luego que sepa que me has servido.
- Ant.** Este ruego tiene mas fuerza. Usted verá cumplido su mandato. A vuestros pies.
- Eug.** Gran prisa el tal Don Narciso tenia ayer de volverse

á su casa.
Faust. Eso lo hizo de enfadado.
Eug. Ni por sueños. Le esperaban, y eso ha sido la ocasion.
Faust. Quién le esperaba? Me ostigan tus desatinos; te dijo algo su criado?
Eug. Nada.
Faust. Si crees embolismos, será peor.
Eug. No creo á nadie.
Faust. Pues puedes creer á Narciso.
Eug. Menos.
Faust. Y á mí?
Eug. En igual grado.
Faust. Aquí viene nuestro tío.
Eug. Y con él un forastero; quién será?
Faust. Algun desperdicio de la casualidad; siempre nos trae algun conocido nuevo.
Salen Don Saturio y Don Victor.
Sat. Queridas sobrinas, aquí está un Caballerito que quiere favoreceros, conoceros y asistiros; Vizconde de Valle-Seco cuando menos; tan antiguo en su solar como grade su mayorazgo y lucido.
Vict. Don Saturio me honra mas que yo merezco, y no aspito á otro honor sino al de ser vuestro criado rendido.
Faust. Nuestro será el honor cuando se proporcione serviros.
Sat. Señor, esta es mi sobrina Fausta, viuda del mas rico Comerciante que hubo en Cádiz.
Faust. Y se murió el pobrecito de necesidad.
Sat. Es mucha muger; no hay, habrá, ni ha habido otra muger como Fausta por los siglos de los siglos.

Faust. Mi tío me adula.
Sat. Vamos, Eugenia, el señor D. Victor sabe, informado de mí, cuánta es tu viveza y brio, háblale. Mirad, señor, en el mundo no se ha visto una muchacha como esta: en baylar es un hechizo, en tocar es una diosa, y en cantar un parainfo.
Vict. La Señora es admirable por agregados tan dignos, como lo es por su belleza.
Eug. No os asociéis á mi tío, señor, para sonrojarme; es un natural estilo el exágerar las cosas mas de lo que es permitido.
Vict. Esta Señora es soltera?
Sat. Sí señor, me la han pedido los primeros Caballeros de la Corte, y no he querido concedérsela. O! en cuanto su matrimonio concibo unas ideas muy altas.
Vict. Hacedis bien, que sus hechizos merecen igual empleo.
Sat. Yo el día de hoy no me fio de nadie, porque hay mas trampas que riqueza. Lo que es fijo es que no hay mas que un Vizconde de Valle-Seco.
Vict. Yo estimo vuestro favor. Mis fortunas tienen término sucinto. De lo que puedo gloriarme es de un corazon sencillo, de honradez providad.
Sat. Sobrinas mías, ni quito ni pongo; este Caballero que estais mirando, es el libro abierto de la nobleza, formalidad, gusto y juicio.
Faust. Ha mucho que le tratais?
Sat. La primer vez que le he visto es esta.
Faust. Y parece que *ap.*

ha que le conoce un siglo.

Sat. A mí me le recomienda un anciano amigo mio, que es el célebre pintor que hasta aquí se ha conocido desde Timantes y Apeles.

Decidme, señor D. Victor, gustais de buenas pinturas?

Vict. O! me gustan infinito.

Sat. Los hombres grandes es fuerza que en todo estén instruidos.

Vereis en mi pobre choza unos cuadros exquisitos, unos tesoros del arte, por los que me han ofrecido cien doblones, y por diez duros los compré yo; es fijo que el saber de todo es cosa grande; yo tengo el mas ímo conocimiento, y en esto no me gana el mas perito.

Vict. Tendreis una galería de un Soberano.

Sat. Ah! muy lindos cuadros hay, cosas de pobre, frioleritas. Servios de ir á verlas con Eugenia y Fausta.

Faust. Nosotras, tío, no entendemos de pinturas.

Sat. Y qué importa? Buen capricho!

Para eso el señor Vizconde lo entiende, y sabrá advertiros lo que ignoreis. Yo tengo ahora que hacer, porque me ha ocurrido una cosa indispensable; id entretanto y servidlo, que en acabando iré yo, y le enseñaré prodigios.

Vict. Yo estoy pronto.

Sat. Vaya, andad.

Faust. Mira, Eugenia, no es preciso que vengas tú, yo iré sola.

Eug. Yo quiero ir.

Faust. Y si el amigo te halla con el forastero, qué dirá?

Eug. Por eso mismo.

No se va él con su cuñada á paseo de continuo? pues, yo quiero hablar con todos tambien.

Faust. Ah! qué poco juicio! *vase.*

Sat. Escuche usted, Caballero.

Vict. Qué me mandais?

Sat. Yo confio deberos la honra de que quedeis á cenar conmigo.

Vict. Señor:--

Sat. No tiene respuesta.

Vict. Pero ved:--

Sat. Yo os lo suplico.

Vict. Pues hablaremos.

Sat. Me dais la palabra?

Vict. Por serviros.

Sat. Perdonareis la llaneza.

Probareis tan exquisitos platos, que el Emperador jamás los habrá tenido iguales, y todos hechos por mi mano. Yo me pinto solo para estos primores.

Vict. A tanto honor no replico.

Todo lo pondera. Este hombre *ap.* tiene un humor peregrino. *vase.*

Sat. Ve aquí el caso de lucir:

lo que siento es que me miro no mas que con un criado, sordo, viejo y aturdido.

Pero no importa, yo solo desempeñaré mi oficio,

Hé, Chupa-guindas?

Sale Chup. Señor?

Sat. Miren qué talle y qué brio?

¿Cómo estamos de Cocina?

Chup. Bien.

Sat. Hay lumbre?

Chup. Ni resquicio.

Sat. Por qué? ¿qué?

Chup. Porque no hay carbón.

Sat. No te hagas el tonto, niño,

que hoy tenemos á cenar,

¿quién diré? un Excelentísimo.

Chup. Me alegro.

Sat. Y qué le daremos

á su Excelencia? Hombre, dilo.

Chup. Lo que Vuecelencia quiera.

Sat. Con esto me dasatino.

Dáte prisa, que tu sorna me enfada.

Chup. Soy pronto y vivo.

Sat. Sabes soplar?

Chup. Sí señora.

Sat. Sabes hacer algun guiso?

Chup. Sí señor.

Sat. Tienes dinero?

Chup. No señor.

Sat. Ya has destruido

los dos duros que te di?

Chup. Cuánto ha!

Sat. Estamos lucidos.

Chup. Sí señor.

Sat. No tienes blanca?

Chup. No señor.

Sat. Pues es preciso

buscar.

Chup. Sí señor.

Sat. Mal haya

tanto sí señor. Pollino,

cuántos cubiertos hay?

Chup. Seis.

Sat. Es verdad, que se han vendido

los otros seis:— venderemos

dos, y quedan los precisos,

pues somos cuatro de mesa.

Védelos, y ven prestito,

que iremos á comprar juntos.

Chup. Sí señor.

Sat. Escucha, hay vinc?

Chup. No señor.

Sat. Le compraremos.

Hay pan?

Chup. No señor.

Sat. Maldito

sea el no señor.

Chup. Sí señor.

Sat. No te tragará el abismo.

Chup. No señor: *vase.*

Sat. Siempre en mi casa

falta lo que necesito:

ya gasté cuanto tenia;

mas no obstante me glorío

de haberlo empleado bien

y mis fortunas affino

en la pretension de aquellos

personages á quien sirvo.

No me contento de verme

en una carroza á tiros

largos; yo siembro, aunque juzguen

los demas que desperdicio. *vase.*

Salen Liseta y Don Claudio.

Lis. Qué me teneis que mandar?

Claud. Liseta, yo solicito

hablar á una de tus amas.

Lis. Decid á cuál, y ahora mismo

saldrá.

Claud. A Doña Eugenia toca

el asunto á que he venido;

mas yo mejor hablaría

con Doña Fausta.

Lis. Es antiguo

ese afecto. Ya lo sé.

Claud. Sí, no niego que la estimo;

pero ahora no la busco

por eso.

Lis. Y por qué? decidlo.

Claud. Por no hablar con Doña Eu-

que su natural altivo

(genia,

causa horror.

Lis. Señor Don Claudio,

qué apuesta usted que adivino

á qué es el recado? Usted

quiere mucho á Don Narciso:

hay acaso entre él y mi ama

novedad?

Claud. Sí hay.

Lis. Yo me obligo

tambien á acertarla. Usted

viene á dejar concluido

el contrato de las bodas,

como tan íntimo amigo.

Claud. Todo lo contrario. Puedo

públicamente decirlo,

pues mi amigo no me encarga

el secreto. Don Narciso

se sirve de mi amistad

para que en términos dignos

la declare á Doña Eugenia

cuán justamente ofendido,

quiere separarse de

la promesa que le hizo,

y que no pondrá jamás
los pies en aqueste sitio.

Lis. Por qué causa?

Claud. No lo sé.

Lis. Vaya, vaya, habran reñido.

Claud. Eso será.

Lis. Y si riñeron
se pondrán en paz.

Claud. Le he visto
muy enfadado. Parece
ya imposible el convenirlos.

Lis. Las riñas de los amantes
son el cebo de Cupido;
mas si usted le dice á mi ama
tal cosa, da un estallido.

Claud. Creeme, Liseta. Yo egerzo
involuntario este oficio.
Le he rogado no me obligue
á este empeño, y aun le he dicho
que me quejaria de él

si le viese arrepentido
despues de dar este paso,
mas no pude reducirlo.
El es constante, y no temo
que me deje deslucido.

Llama, pues, á Doña Fausta:—
Mas qué veo? Don Narciso.

Lis. No os lo dije yo

Claud. Vendrá
tal vez á buscarme.

Lis. Es fijo,
en casa de la querida
vendrá á buscar al amigo.

Sale Don Narciso.

Narc. Claudio, escucha una palabra.

Claud. Qué quieres? Aun no la he visto.

Narc. No la has hablado?

Claud. No.

Narc. Y sabe

Eugenia lo que te he dicho
la insinuases en mi nombre?

Claud. Tampoco.

Narc. Ay Dios! Ya respiro.

Y tú lo sabes, Liseta?

Lis. Yo sé algo.

Narc. Claudio querido,
discúlpame por piedad
si conoces mi martirio.

El punto que me dejaste
caí en un fatal deliquio,
y muriera si un criado
no me hubiera socorrido.
Ese Antolin, ese infame,
es el principal motivo
de todo. La pobre Eugenia
está celosa, y concibo
que sus celos los produce
un exceso de cariño.

No la has hablado, me alegro.
Liseta, por Dios te pido
no le digas nada, y toma (la da un
esta fineza: tú, amigo, (bolsillo.
perdona mi error, y sea (le abraza.
este abrazo mi padrino.

Claud. Narciso, te compadezco,
mas otra vez te suplico
no me expongas á tal lance.

Narc. Tienes razon, Claudio mio,
mas yo:— qué aguardas, Liseta?
Dile á Eugenia que he venido
á ponerme á sus pies:— Oyes,
adónde está?

Lis. No le digo *ap.*
que está con un forastero.

Entró en su cuarto ahora mismo.

Narc. Mira, está enfadada?

Lis. Creo

que no.

Narc. Cuán feliz he sido!

Anda, llámala.

Lis. Ya voy.

Éstos si que estan curtidos
de amor á mas no poder,
ya lo habia yo previsto:
él es quien viene á humillarse;
si el hombre es lo quebradizo
de la sogá, y no lo quieren
crear estos Señores míos.

Ah! No saben hasta dónde
alcanza nuestro dominio. *vase.*

Claud. A Dios, Narciso.

Narc. Te vas?

Claud. Sí, porque mas complacido
quedarás solo, mas oye
en amistad un aviso:
si la persona que quieres

es digna de tu cariño,
 prepárate á tolerarla
 alguna vez un descuido:
 todos en el mundo estamos
 obligados á sufrirnós,
 y el hombre á la muger debe
 serle mas contemplativo
 por su frágil natural.
 Si tienes algun motivo
 de quejarte de su trato,
 no resuelvas de improviso;
 mas despues de haber resuelto,
 debes rendir los sentidos
 á la razon y al decoro,
 sin dejar que un excesivo
 amor te arrastre á un estado
 vil, vergonzoso é indigno
 de un hombre de honor, prudente,
 sábio y cuerdo. A Dios, amigo. v,

Narc. Dice bien Claudio, mas yo
 soy de un natural tan vivo,
 que no puedo refrescarme.
 Pero desde hoy determino
 mudar de genio. Ya sé
 que me hallo correspondido
 de mi amada; si estuviese
 de mal humor, no replico.
 Aquí viene ya, su rostro
 de su alegría da indicios;
 pero es muger, y sabrá
 si no está alegre, fingirlo.

Sale Eug. Beso á usted las manos.

Narc. Ola!
 De cuándo acá usais conmigo
 de ese cumplimento?
Eug. Ah si!
 Perdone usted, fue un descuido.
 Está usted bueno?
Narc. Yo bueno:
 y usted?
Eug. Yo para servirlos.
Narc. Me alegro: parece que hoy
 la brilla á usted el regocijo?
Eug. Oh! yo cuando estoy en gracia
 de usted, siempre estoy lo mismo.
Narc. Mal tiempo corre. A despecho ap.
 de mi enojo me reprimo.
Eug. Qué decia usted del tiempo?

No es este tiempo muy lindo?
Narc. Digo que este tratamiento
 de usted me e. fada un poquito.
Eug. Si usted quiere señoría,
 tiene usted mas que decirlo?
Narc. Ese usted:--
Eug. Perdone usted,
 que se me quedó este estilo
 de una visita en que estuve.
Narc. Visita? Aónde habeis ido?
Eug. Yo á ninguna parte; ciertas
 amigas sí que han venido
 á favorecerme, y quieren
 llevarme á pasear consigo
 esta noche.
Narc. A pasear?
Eug. Pues!
Narc. Y qué las has respondido?
Eug. Que sí.
Narc. Sin que vaya yo?
Eug. Pues cuándo va usted conmigo?
Narc. Cuándo usted me lo ha mandado?
Eug. Hé! disculpas de capricho,
 tiene usted otros empeños.
Narc. Yo? qué empeños?
Eug. Infinitos.
 Ah! Si tiene usted algunas
 barajas de desperdicio,
 hágame el favor de traer
 de ellas unas cuatro ó cinco
 para jugar con mi hermana
 una partida; el prolijo
 rato de la noche así
 se pasa mas divertido.
Narc. Y qué quiere decir eso?
Eug. Nada. Yo lo hago por no irnos
 á recoger tan temprano.
 Usted vive sometido
 á una obligacion forzosa,
 y se va, yo no lo impido,
 porque sé que tienes grandes
 negocios; mas solicito
 divertirme tambien, ya
 jugando, como os he dicho,
 ó yendo un rato á pasearme.
Narc. Ah! Conozco bien el tiro.
Eug. Tambien esta sencillez
 mia os causna fastidio.

Narc. Pero el bribon de Antoin
no volverá, yo os lo afirmo,
á poner aquí los pies.

Eug. A mí no me importa un pito
que el ciado, ni aun el amo,
jamás hubiera venido.

Narc. Ve aquí, sus gracias son estas.
Mucho haré si me reprimo; *ap.*
si ayer fuí con mi cuñada:-

Eug. Qué tiene que ver conmigo
vuestra cuñada? Traeis
tabaco?

Narc. Sé lo que digo,
y no volverá aquel necio
otra vez con embolismos.

Eug. A mí no se me da nada
de usted, ni de él, ya lo he dicho.

Narc. Ni de mí, ni de él, ni de él
Se pasea violentamente.

ni de mí, lo he merecido.

Ni de él, ni de mí, bien dice.

Esto quién puede sufrirlo?

De mas de querer hacer
su gusto en todo, este indigno
tratamiento? Vive el Cielo:-

Eug. Estaos quieto, que un molino
no da mas vueltas que vos,
y me habeis desvanecido
la cabeza.

Narc. Ni de mí, *anda paseándose*
ni de él? *(como desatinado.)*

Eug. Estaos quieto os digo.
Pero es fuerza moderarme,
que su enojo es excesivo.

Narc. Cruel, traidora, enemiga.

Eug. Vaya; ven aquí, Narciso.

Narc. Me falta el aliento.

Eug. Advierte
que de veras has perdido
el entendimiento.

Narc. Sí,
estoy loco, estoy sin juicio.

Eug. No te quieres sosegar?

Narc. Injusta.

Eug. Qué amor tan fino!
Por cualquier cosa se enfada;
quien quiere bien, es preciso
que disimule algo, y mas

á una muger. Bello estilo
de hacerse amar!

Narc. Ay Eugenia!

Dices bien, mas yo:-

Eug. Lo mismo
sucede todos los dias.

Narc. Perdóname, dueño mio.

Eug. Si haces iguales locuras,
me enfadaré.

Narc. Mis delirios
nacen de amor, mas te ofrezco
desde ahora reprimirlos.

Pero:- te irás á pasear? *sonriéndose.*

Eug. Sí:- Si vienes tú conmigo.

Narc. Querrás tú?

Eug. Y tú podrás ir? *con soflama.*

Narc. Quién es capaz de impedirlo?

Eug. Qué se yo.

Narc. Querida Eugenia,
que aun dudes de mi cariño?

Tan escasa es la experiencia

que de mi amor has tenido

en el término de un año

que ha que te idolatro y sirvo?

Sé que mi cuñada es siempre

el objeto de tu esquivo

rencor, pero acaso ignoras

el empeño en que me miro?

Mi hermano en su corta ausencia

recomendármela quiso;

y yo deberé en su obsequio

ser indiferente ó tibio?

Reflexiona, si eres cuerda,

mi razon, y cree, bien mio,

que tus infundados zelos

causarán mi precipicio.

Eug. Sí, dices bien: desde ahora
prometo en lo sucesivo
no atormentarte mas.

Narc. Soy
dichoso si lo consigo.

Cuán veloz pasará el tiempo

si estuviesen á mi arbitrio

sus instantes!

Eug. Para qué?

Narc. Para que fuesen cumplidos
nuestros votos, y yo esclavo
y dueño tuyo, bien mio.

Eug. Pero ese tiempo por qué tarda?

Narc. Por no haber venido mi hermano.

Eug. Pues dependémos nosotros de su dominio?

Narc. No, mas por urbanidad el darle parte es preciso de nuestras bodas.

Eug. Y aun hay mas poderoso motivo.

Narc. Cuál puede ser?

Eug. Retardarle á tu cuñada el martirio de que vea como ageno lo que como propio ha visto.

Narc. Mal haya amen mi cuñada, y mal haya:-

Eug. No lo digo?

En hablando una palabra se pone hecho un basilisco.

Narc. Mas si tiras á irritarme.

Eug. Bien:- observaré continuo silencio.

Narc. Habla cuanto quieras, mas no digas desatinos.

Eug. Los desatinos los dice usted, señor atrevido.

Narc. Vive el Cielo:- Ahora verás:- Pero no:- Yo me iré.

Eug. Idos.

Narc. No volveré mas.

Eug. No importa.

Narc. Moriré.

Eug. Yo no lo impido.

Narc. Haré un estrago.

Eug. Mejor.

Narc. Me daré muerte á mí mismo.

Eug. Por mí, para luego es tarde.

Narc. Falsa.

Eug. Infiel.

Narc. Ingrata.

Eug. Impio.

Los 2. Antes que vuelva á verte lloraré mi precipicio.

ACTO SEGUNDO.

Salon: salen Doña Fausta y Don Claudio.

Faust. Señor D. Claudio, admirada vuestra visita me deja

Claud. Aunque critiqueis de omiso mi amor en no veros, esta justa inaccion es debida al decoro y la modestia; pero luego que Narciso se case con Doña Eugenia, haré que por vuestra mano con D. Saturio interceda.

Faust. Si esperais esa ocasion, dudo que llegueis á verla.

Claud. Por qué?

Faus. Porque D. Narciso en este instante se ausenta de aquí mas furioso y mas airado que nunca.

Claud. Tema rara la de estos amantes.

Faust. Y se fué haciendo protesta de no volver á esta casa.

Claud. Dudo que cumplirlo pueda.

Faust. Tal vez el despecho logra

lo que no alcanza una sería reflexion. Yo quiero tanto á mi hermana, que sintiera ver extinguido un amor que forma su complacencia.

Vos tambien de D. Narciso sois amigo, y sé que vuestra amistad en sus placeres justamente se interesa.

Por ambas razones fio mereceros la fineza de que le busqueis, y hagais que á ver á mi hermana vuelva.

Claud. A vuestras satisfacciones y las suyas mal pudiera negarse mi amor.

Faust. Decidle.

Sale D. Saturio, y Chupa-guindas

con la cesta de la compra, y en ella lo que dicen los versos.

Sat. Sobrina, que me prevengan una camisola, que vengo sudando.

D. Claudio le hace cortesía al salir.

Faust. Liseta os la dará; justamente en vuestro aposento queda.

Sat. A la orden, señor D. Claudio.

Claud. Cuando entrabais por la puerta, cumplí con mi obligacion. *se sienta.*

Sat. Perdonad, que la cabeza se me anda. Estoy cansado; pero mirad qué estupeanda provision he hecho.

Faust. Pues idos á descansar.

Chup. Quién, yo? *quiere irse.*

Sat. Espera.

Chup. Con todo este peso?

Sat. Dame esos pollos. Señor, vea usted qué pollos! En todo el ámbito de la tierra no hay unos pollos como estos. Qué decís de esta ternera? La ternera que yo como no la come nadie.

Claud. Es bella.

Sat. Quédese usted con nosotros, señor D. Claudio, á comerla.

Claud. Lo aprecio.

Sat. No admito excusas: ved qué pichones! Con estas aves hago yo una salsa, que no la ha visto en su mesa el Preste Juan. Todo, todo lo que viene en esta cesta (no quiero ponderar) es oro, diamantes y perlas, en figura de cebollas, tomates y verengenas.

Claud. Yo lo creo.

Sat. En no quedaros. me haceis, D. Claudio, una ofensa.

Claud. Me obligais de tal suerte...

Chup. Oiga usted una palabra suelta.

Sat. Qué quieres?

Chup. Y los cubiertos?

Sat. Y es verdad! Mas se remedia con que me pongas á mí bajo de la servilleta escondido uno de palo.

Chup. Sí señor.

Sat. Pues date prisa.

Chup. Sí señor.

vase.

Sat. Miren qué garbo! Es de alabar su viveza! Ello ya es un poco tarde, mas para guisar la cena sobra tiempo.

Faust. Y no os mudais?

Sat. Despues. Adónde está Eugenia

Faust. En su aposento.

Sat. Y Don Victor?

Faust. En la galería queda viendo las pinturas.

Sat. No

se podrá saciar de verlas; ve, y dile que aquí le aguardo.

Faust. Para qué queréis que venga? No está bien allí?

Sat. Es que quiero que el señor D. Claudio vea en solo un hombre el archivo del honor y la grandeza.

Faust. Sin que le llamen ya viene aquí.

Sat. Os pasmarán sus prendas señor D. Claudio.

Sale D. Victor. Conozco cuán involuntarias estas señoras, pues me han dejado, honraban mi insuficiencia.

Sat. Dónde está Eugenia? Llamadla qué impolítica! Liseta?

Sale Liseta. Señor?

Sat. Llama á Eugenia.

Lis. Y quién

la he de decir que la espera?

Sat. Un sugeto que se digna de honrarla y favorecerla.

Lis. Tal vez D. Claudio tendrá *ap.*
que darla alguna respuesta
de D. Narciso, con este
deseo creré que venga. *vase.*

Faus. D. Claudio, idos á buscar *ap. á él.*
á Narciso, hacer que vuelva.

Claud. Si haré. Señor D. Saturio,
bésos la mano.

Sat. Nos deja
usted? Pues, y la palabra
de quedaros?

Claud. Me da prisa
cierto asunto; volveré.

Sat. Mirad que aquí no se *cena*
hasta que volvais. Señor
D. Victor, este que observa
usted es el gran letrado
que en toda España se encuentra;
ved aquí el arbitrio y cifra
de la gran Jurisprudencia.

Vict. Reconózcame por suyo.

Claud. La amistad que me profesa
D. Saturio, le hace que
mi demérito engrandezca.

Sat. Teneis pleytos en Madrid?

Vict. Uno tenía, y ya queda
compuesto amigablemente.

Sat. Y qué compostura es esa?
No señor: de ningun modo.
Deje usted que le defienda
el señor D. Claudio, y dé-
por conseguida la empresa.

Vict. Pero cómo, si yo tengo
mis Abogados? *Idea. ap.*
tal no he visto.

Sat. Qué Abogados,
si todos son unos bestia?
No hay mas Abogados que este,
sírvas de él, y no tema.
D. Claudio, impóngase usted
por menor en la materia;
tome los correspondientes
informes, registre, y lea
las escrituras, y cuanto
á su razon pertenezca.

Claud. Pero si ya se compone.

Sat. Componerse? Bueno fuera!
No señor: mi amigo quiere,

que usted le ayude y proteja.
Y á quién juzga usted que sirve?
El blason de la nobleza,
á un caballero que tiene
vasallos, títulos, rentas,
baronías, vizcondados,
posesiones y encomiendas.

Vict. Quereis ridiculizarme,
Señor?

Sat. Me haceis una afrenta,
la verdad debe decirse.

Faus. Ved que ya es tarde. *ap. á Claud.*

Claud. Licencia
me dad de que ahora me ausente
para volver mas apriesa. *vase.*

Sat. Cuidado, que os esperamos.
Señor, Usía me crea;
quedareis muy complacido,
porque es un pozo de ciencia.

Vict. Lo creo; pero su estudio *ap.*
ya para mí no aprovecha.

Faus. Señor, no vais á mudaròs?

Sat. Despues iré, que me espera
la cocina: verá usted,
Señor Vizconde, qué mesa!
Ni Baltasar, ni Cleopatra
vieron semejante cena.

Sale Eug. Me llama V.? No está aquí *ap.*
D. Claudio; si lo supiera
ántes no hubiera venido.

Sat. Diviértanse ustedes mientras
yo hago el guisado. Aquí hay sillas.
Se sientan los tres.

Chupa-guindas? *muy tiznado y ri-*
Sale Chup. Señor? *(dículo.)*

Sat. Echa
bastante fuego, y que estén
todas las hornillas llenas.
Señor, un criado como
Chupa-guindas no se encuentra,
fiel, callado, laborioso,
limpio... vamos, corre, vuela. *v. los 2.*

Vict. Qué jovial es D. Saturio!

Faus. Qué superficial debierais
decir!

Vict. Esta señorita
está demasiado seria.

Faus. Ella tendrá sus motivos.

Eug. Si usted saberlos desea,
se los diré francamente.

De este modo haré que ceda *ap.*
en sus cansados obsequios.

Amo, dí á quien mis finezas
merece, un leve disgusto,
se ausentó, y hasta que venga
yo no puedo estar alegre.

De aquí nace mi tristeza;
y lo publico, porque
de confesar una honesta
pasion que aprueba el decoro,
no debo tener vergüenza.

Faust. La sinceridad, señor,
fue siempre la mejor prenda
de mi hermana.

Vict. Es tan extraña
en las mugeres tan bella
propiedad, que es harto digna
de admiracion quien la tenga,
y este mérito me rinde
á amar siempre á Doña Eugenia.

Eug. Siento decir á usted cuánto
en valde su amor emplea.

Vict. Bien está; mas la esperanza
ninguno debe perderla.

Eug. Y en qué queréis esperar?

Vict. En los acasos que puedan
ocurrir. A un accidente
hasta el amor se sujeta.

Quando ascienden las fortunas
á superior eminencia,
ó deben precipitarse,
ó es preciso retrocedan.

Si por acaso en su enojo
vuestro amante persevera,
siempre tendré adelantada
mi declaracion honesta.

Faust. Bien dice el señor Vizconde:
hay mil acasos, Eugenia.

Eug. Para mí no puede haber
acasos.

Vict. Sea en hora buena.

Sobre este particular
yo no os causaré molestia;
pero alegracs; hablemos
en asuntos que os diviertan.

Eug. No es facil. Mi cora-

cion aun a respirar no acierta
de afligido.

Sale Lis. Señorita,
acabo de ver desde esa
ventana...

Eug. A quién?

Lis. A Narciso,
que sube por la escalera.

Eug. Gracias á Dios! Oyes, viene
enfadado?

Lis. Antes da muestras
de venir alegre.

Eug. Si?

Justo es que se lo agradezca
á mi hermana, que á D. Claudio
rogó que le redugera.

Lis. Si señora, que á los dos
he visto hablando á la puerta.

Vict. Observe usted: me parece
que el rostro de Doña Eugenia
resalta con nuevos brillos.

Faust. Le habrá traído Liseta
noticias de aquel sugeto.

Eug. Es así: vele ahí: ya llega.

Vict. Señora, un amor tan fino
le puede envidiar cualquiera.

Sale Nar. Qué nuevo embaíazo es este?
suspendiéndose al salir.

Faust. Señor D. Narciso, venga
usted: no tenga reparo;
este caballero llega
en este instante; es amigo
de mi tio, y se va fuera
de Madrid muy pronto. No es
verdad?

Vict. Que dice esta buena
muger?

Narc. Qué satisfaccion
tan inoportuna es esta?
Señor, yo os beso las manos.

Vict. Yo soy de usted muy de veras.

Narc. Señoras, á vuestros pies.

Eug. El señor siempre se esmera
en hacerse desear.

Narc. Señora, dudo que tenga
yo méritos para ser
deseado.

Faust. Sentaos.

Narc. Fuerza es obedecer.

Eug. Arrimad aquí una silla, Liseta, venga usted á mi lado.

Narc. Estoy bien; aprecio la fineza.

Eug. Es que tengo que deciros una cosa con licencia de estos señores.

Narc. Tiempo hay.

Eug. Quien le tiene no le espera.

Narc. Se conoce que está usted muy alegre y satisfecha. Ve aquí la impresion que le hacen mis enojos y mis quejas.

Vict. Su alegría juzgo que de haberos visto proceda.

Narc. De haberme visto? *con seriedad.*

Vict. Sin duda, y os doy mil enhorabuenas por la feliz posesion de tan singular fineza.

Narc. El señor que ha llegado ahora sabe ya de Doña Eugenia los secretos?

Eug. Siente usted, que nuestro cariño sepan?

Narc. No lo sentiria yo si la verdad se digera.

Eug. Yo por mi parte la digo, vos dudareis por la vuestra.

Sale Don Saturio con delantal de cocina, gorro y cuchillo.

Sat. Fauste?

Faust. Qué bello disfráz!

Sat. Señores, á la obediencia. sabes dónde está el azúcar?

Faust. Dale el azúcar, Liseta. *vas. Lis.*

Sat. Quiero hacer un agridulce para mi amo. Oh, qué bella visita! Señor D. Narciso, perdonadme, creí que erais D. Claudio, vendreis á honrar esta noche nuestra mesa.

Narc. Lo agradezco, mas no admito.

Sat. Señor, me dareis licencia

de convidar á este ilustre jóven? él es una perla, es un compendio del gusto, del honor y la modestia.

Narc. No mandais en vuestra casa?

Sat. No señor, no mando en ella mientras el Señor Vizconde en su recinto se hospeda.

Narc. Es forastero el Señor Vizconde?

Sat. Sí, es de Valencia.

Narc. Y estará mucho en Madrid?

Sat. Oh! muchísimo. Nos queda tiempo de servirle. Tiene un pleyto de consecuencia en la Corte, y vuestro amigo, aquel grande hombre de letras, ha de defender su causa.

Narc. Y acababa da decirme esta señora que se va pronto. Algo incluye tal cautela.

Sat. Yo tengo mucho que hacer. Señor Vizconde, ahí os queda este Caballero; él solo puede suplir mis ausencias. Es el muchacho mas hábil que en todo el mundo se encuentra; y de la pintura entiende lo mismo que otro cualquiera. Ah! qué os parece mi pobre galeria?

Vict. Es cosa regia.

Sat. Pero en dos horas no mas toda no pudisteis verla.

Narc. Dos horas ha que está aquí este Caballero?

Sat. Y buenas. Rato ha que nos favorece.

Narc. Y á mí me dicen que llega en este instante. Ah falsarias! Esto es mentir sin vergüenza.

Sat. Señor Don Narciso, usted disfrutará la excelencia de cenar con el mas claro lucero de la nobleza.

Narc. Yo lo estimo, pero no puedo admitirla.

Sat. Por fuerza.

Narc. No es posible.

Sat. Yo lo mando;

pero mandar yo en presencia de mi amo y Señor? No, mi amo es quien os suplica y ruega que os quedeis.

Vict. Ved, Don Saturio, que si tiene otras urgencias el Señor, no es regular que por quedarse las pierdas.

Narc. El amigo no querría que me quedase, por esta razón tengo de aceptarlo para apurar sus ideas. *ap.*

Eug. Mucho extraño que Narciso *ap.* resista. Esto es evidencia de que otros cuidados mas que mi gusto le interesan.

Sat. Y bien, Don Narciso?

Narc. Extraño *ap.* que no me combide Eugenia; se ve que la importa poco.

Eug. Vaya, señor, no nos queda mas que hincarnos de rodillas para que usted condescienda.

Narc. Señora, no aspiro á tanto, y creed que si no temiera incomodar, desde luego aceptara.

Eug. Guardad esas disculpas y esos pretextos para quien no los entienda. Decid que vuestra cuñada está sola, y que el hacerla compañía es mas preciso. Tio, no hay mas causa que esta, y así no dé usted lugar á que le eche una pendencia.

Narc. Ve ahí su estilo, porque yo *ap.* no me queje, se queja ella.

Sat. No hará tal. Ved, D. Narciso, que el estofado se pega.

Dadme el sí para consuelo.

Narc. Pues solo porque se vea cómo se engañan algunos, me quedo á recibir vuestras

honras.

Sat. Viva Don Narciso.

Eug. Me ha dejado satisfecha.

Sat. Pero esto ha de manejarse con toda delicadeza. Señor Don Narciso, tiene que suplicaros Eugenia un favor.

Narc. Favor á mí? que habrá en que no la obedezca?

Eug. Qué será? *ap.*

Sat. Eugenia os suplica que al punto vayais por vuestra cuñada, y que la traygais, porque nos honre en la mesa.

Narc. Vos me pedis eso?

Eug. Yo?

No he soñado tal simpleza.

Sat. Cómo simpleza?

Eug. No lo es á una dama recoleta incomodarla á estas horas?

Sat. Qué incomodidad es esa?

Adonde está su cuñado puede venir sin reserva.

Eug. Por mi parte puede hacer lo que mejor le parezca.

Sat. Ruégaselo.

Eug. Yo? seguro está.

Sat. Hay mayor friolera!

Narc. No os empeñeis. Mi cuñada no vendrá.

Eug. Yo lo dijera. *ap.*

Si está zelosa de mí, cómo es posible que venga á mi casa?

Sat. Probarémos.

Narc. Yo no me obligo á traerla.

Sat. Pues quereis dejarla sola?

Narc. En tal caso será fuerza que yo tampoco me quede.

Eug. En tal caso él irá á hacerla compañía.

Narc. No sé dónde ha de llegar mi paciencia.

Sat. Yo mismo iré á combidarla,

no se hable en la materia.

Chupa-guindas?

Sale Chupa-guindas con delantal y gorro muy tiznado y ridículo, trae una cazuela en la mano, y cae al salir.

Chup. Señor:- Ay!

Sat. Qué has hecho, borrico, bestia?

Chup. Ve usted la causa por qué yo no quiero andar de priesa.

Sat. Recoge eso.

Chup. Dónde?

Recoge lo que la cazuela traa en el mandil.

Sat. En el mandil ó en las faltriqueras.

Ay tal mentecato! Has roto

Coge los pedazos.

la mas ilustre cazuela que hubo en cocina, aunque estaba coja, cascada y mugrienta.

Mira, vienen dos personas mas, añádele á cena cualquier cosa.

Chup. Y los cubiertos?

Sat. Dices bien: voto á mi abuela; cómo lo hemos de hacer ahora?

Chup. Allí están los de madera.

Sat. Y qué dirán? Mas ya sé del modo que se remedia.

Diré á Doña Rosalía que me preste una docena: ve á trabajar.

Chup. Si señor. *vase.*

Sat. Vayan estos trapos fuera, venga el baston y el sombrero.

Vict. Qué os vais?

Sat. Presto doy la vuelta: para remediarlo todo

no hay en el mundo cabeza

como la mia. Mejor

primer Ministro: no hubiera

en las Californias, ni en

el Areópago de Atenas. *vase.*

Vict. Aquí un imparcial disfruta

la diversion mas completa.

Eug. Siento mucho el sacrificio que hace Don Narciso en esta ocasion.

Narc. Yo siento que bien admitido no sea.

Vict. Señores, ved que el amor no vive de turbulencias, sino de serenidades.

Faust. Aconsejadles que sean mas pacíficos.

Narc. Sería yo mas feliz si tuviera vuestro mérito, señor.

Vict. Yo no sé que alguno tenga, pero si me quisiese una dama como Doña Eugenia, me juzgaría dichoso.

Narc. Quién os impide tan bella satisfaccion?

Vict. Yo á ninguno hago mal tercio.

Narc. A mí crea usted que ya:-

Eug. Si por él lo decís, errais la cuenta, que él me renuncia con todas las solemnidades.

Narc. Ella *ap.* intérpreta mis palabras á medida de su idea.

Faust. El Vizconde no pretende embarazar la carrera de vuestros amores, ni es capaz de usar tal vileza.

Narc. Si ha venido en este instante, y se va hoy mismo á su tierra.

Faust. Yo lo dije porque:-

Eug. Calla, no conoces ya sus temas? tiene gana de gritar.

Narc. Y usted, señora, desea:-
Se sienta junto á Don Victor.

pero no, he resuelto ya no apurarme la paciencia.

Perdonad, señor, de dónde venís?

Vict. Vengo de Valencia,

- mi patria.
- Narc.** Me han informado que es una Ciudad muy bella.
- Vic.** Sí señor, muy abundante, muy alegre, y muy amena.
- Faust.** Pero eso qué nos importa?
- Eug.** Déjale que se divierta.
- Narc.** Me han dicho que su apacible cielo produce bellezas singulares. Son hermosas las valencianas?
- Vict.** Perfectas, afables, dulces, y tienen un atractivo que eleva.
- Narc.** Decid, son tan obstinadas como nuestras madrileñas?
- Vict.** Eso no sé distinguirlo.
- Eug.** Decidme, son en Valencia impolíticos los hombres?
- Vict.** Eh! dejad esas contiendas. Señores, ustedes se aman *se levanta* del modo que otros se pelan: yo me retiro, porque tengo la sangre muy fresca, es la alegría mi númen, y aborrezco las pendencias. Señora, acuérdese usted de los acasos que puedan ocurrirse. *vase.*
- Narc.** Qué acasos dice?
- Faust.** Ni los sé, ni me interesan; más sé que entre enamorados es ignorante el que media. *vase.*
- Narc.** Yo enamorado? qué loco sería si lo estuviera!
- Eug.** Yo enamorada! primero me echaría de cabeza en un pozo.
- Narc.** Se conoce que mi vista la molesta. *ap.*
- Eug.** Se vé que mi amor le cansa. *ap.*
- Narc.** El Vizconde es quien se lleva su atención.
- Eug.** Falso.
- Narc.** Y que yo por quien me aborrece pierda la tranquilidad y el gusto?
- Eug.** Mas quiere él á la supuesta
- cuñada que á mí.
- Narc.** Es preciso que separarme resuelva de esta inhumana. No hay duda que me es sensible perderla, mas conseguiré triunfar de una pasión tan acerba.
- Eug.** Si me trata de este modo ahora, qué hará cuando sea mi marido? Dios me libre.
- Narc.** Lo que mas me desespera es, que no me dice nada.
- Eug.** Pero qué hago yo aquí, necia de mí, con este insensato!
- Se levanta, y hace que se va.*
- Narc.** Id, que el Vizconde os espera.
- Eug.** Avise usted á su cuñada que hoy no va á cenar con ella.
- Narc.** Vamos, esto es insufrible.
- Eug.** Id á pedir la licencia; mas no, que usted no querrá que su cuñada lo sepa, porque se disgustaría.
- Narc.** Y no se pudre tal lengua?
- Eug.** Pobre cuñada! es preciso obsequiarla y complacerla.
- Narc.** Deje usted á mi cuñada.
- Eug.** Señor mío, quién la llega? Solo porque vos la amais la respeto yo.
- Narc.** Quisiera ser de mármol. Vive el cielo: pero ausentarme es mas cuerda resolución. Yo me iré adonde jamás me vea una ingrata, que con solo mi martirio se deleyta. A Dios para siempre, A Dios.
- Eug.** Qué lindamente se enmienda! Ya no se enfada.
- Narc.** No puedo sufrir mas.
- Eug.** Usted lo yerra en inquietarse por mí; pero esta es la vez postrera.
- Narc.** Del tiempo que me he inquietado por una falsa, me pesa.
- Eug.** Una vez que habeis resuelto

buir de quien os inquieta,
desde hoy podreis ya dormir
con tranquilidad serena
vamos, resolved!

Narc. Ah ingrata! ¿tampoco sientes mi ausencia?

Eug. Pues si la deseo, cómo es posible que la sienta? vaya, idos.

Narc. Antes verás mi muerte, inhumana, fiera.

Eug. O! cada instante se mata usted, pero nunca llega.

Saca un cuchillo Don Narciso con reserva.

Tened, qué haceis, Don Narciso?

Narc. Qué queréis?

Eug. Qué es lo que en esa mano tenéis?

Narc. Nada.

Eug. En la otra.

Narc. Nada.

Eug. Las dos quiero verlas.

Narc. Digo que no tengo nada.

Eug. Qué locuras haces? Suelta el cuchillo.

Narc. Qué cuchillo? Deliras. A Dios.

Eug. Espera.

Narc. Qué quieres?

Eug. Dame el cuchillo, no abuses de mi paciencia.

Narc. Qué pensais que voy á hacer con él? Mondar una pera.

Eug. Narciso. *con ternura.*

Narc. Déjame, aparta.

Eug. Por mi amor, por tu fineza.

Narc. Ya no hay amor para mí, ni compasion, ni clemencia.

Eug. Oye una palabra sola.

Narc. Qué es lo que decirme intentas?

Eug. Sola una palabra.

Narc. Díla.

Eug. Si quieres que hable, sósiega tu enojo.

Narc. Ah!

Eug. Dame el cuchillo.

Narc. No.

Eug. Mi llanto te lo ruega,

si no por el amor que ahora me tienes, por la terneza con que algún tiempo me amaste.

Narc. Yo muero. *Se arroja sobre una silla, y deja caer el cuchillo, y le coge Eugenia y le arroja con graciosa risa.*

Eug. Maldito sea el cuchillo. Tan odiosa es á tus ojos Eugenia, que te conduce á la muerte el deseo de perderla?

Ingrato! y puedes pensar que yo en mi pecho admitiera otra llama que la tuya?

No, primero que me vean amar á otro sino á tí, alterará su carrera el sol.

Narc. Y podré creerte?

Eug. Lo juro.

Narc. Y por qué le muestras tanta amistad al Vizconde? Por qué se le manifiesta nuestro secreto; y por qué dice tu hermana que apenas habia llegado, siendo todo mentira y cautelas?

Esta falsedad no debe originar mis sospechas?

Eug. Ah, Narciso! Nada de eso p tu tranquilidad altera.

La injusta desconfianza con que me miras, inquieta tu corazon, y de insultos arma contra mí tu lengua. Si al Vizconde hablé, fué solo por satisfacer las necias atenciones de mi tio.

Si le declaré sincera mis amorosos secretos, mas que agravio fué fineza,

porque vivo tan ufana de saber que se reserva para mí solo tu amor, en mis labios se deleytan

en repetir mi victoria, y en que los demás la sepan

Mi hermana que tu carácter no conoce, al observar que entram serio y enojado, quiso con serenar tu pecho, y necia cubrió un acaso inocente de una traidora apariéncia. Todo esto qué importaría si á tu reflexion debiera mas confianza mi fé? Y tienes tan pocas pruebas de que te quiero? Es verdad que mis celosas ideas tal vez me sugieren frases satíricas é indiscretas; pero yo las siento mas que tú, aunque mucho lo sientas, que en tu oido son el humo, y en mi corazon la hoguera. Propones abandonarme; egecuta cuanto quieras; tú me olvidarás, mas yo no imitaré tu fiera. Tú encontrarás una esposa mas amable y mas perfecta, no mas constante y leal que tu siempre firme Eugenia. Prívame, en fin, de tus ojos, si el verme te causa penas; pero conserva tu vida por tí mismo, y considera que en tí amenazas el golpe, y en mi corazon le empleas. Si un remoto sentimiento al huir mi vista yela tú pie, yo sabré apartarte el rubor de mi presencia. A Dios, y lleva en tu pecho duplicada la promesa de que aunque tú no seas mio, yo no puedo ser ajena, y te amaré mientras viva noble, fiel, constante y tierna.

Narc. Detente, que á tus pies pido perdón de mi ligereza. *(arrodilla.)*

Salen Don Saturio y Doña Rosalia.

Sat. Entrad, Doña Rosalia.

Narc. Ay Dios! si me han visto en esta accion, qué dirán?

Eug. Ve aquí; para que yo lo creyera.

Se conoce que ha sentido que su cuñada le vea arrodillado á mis pies. Soló de mirarla tiembla.

Ros. Pobre Narciso! Lo siento. La improvisa entrada nuestra le estorba un bello coloquio.

Sat. Qué es esto? qué le molesta algun mal á Don Narciso?

Eug. Qué sé yo, él lo dirá.
Narc. Apénas puedo sostenerme en pie.

Un vaido de cabeza me privó, caí en el suelo. El disimular es fuerza, por no dar á Don Saturio motivo á alguna sospecha.

Eug. Cómo disimula porque su cuñada no lo entienda!

Sat. Y cómo os sentís ahora?
Narc. Mejor.

Sat. Yo tengo selectas medicinas. Esperad, sacaré de una gaveta un excelente secreto del asombro de la tierra, el famoso Pablo Dames.

Ros. Perdonad, querida Eugenia, si he venido á incomodaros, pues vuestro tío me empeña violentamente á un exceso.

Eug. Con que sin una violencia no hubierais venido á honrarnos?

Narc. Ay cielos! yo temo nueva confusion.

Ros. No está mi esposo en Madrid, y yo en su ausencia no salgo jamás de casa.

Eug. Ni por la tarde siquiera habeis salido á pasearos?

Ros. Ah, sí, ahora se me acuerda, con mi cuñado fuí ayer; no dudo que os lo dijera.

Eug. No usa conmigo el señor confianzas tan estrechas.

Ros. Hace mal; nada se oculta

- á quien se quiere de veras.
- Eug.* Qué teneis? Está en su casa siempre tan triste?
- Ros.* Tristeza mi cuñado? en casa todo le regocija y alegría.
- Eug.* Sí, no se entristece mas que cuando está en mi presencia.
- Narc.* No direis que siempre he estado de esta suerte.
- Eug.* Quién lo niega? Desde que le soy odiosa le acomete esta dolencia.
- Ros.* Odiosa? pues siempre le oigo suspirar por vos.
- Eug.* No juega alguna vez á los naypes en su casa?
- Ros.* Sí, diversas veces jugamos.
- Eug.* Y aquí jura, maldice, reniega, saca los cuchillos:— Dónde está aquel cuchillo? venga, que se le quiero volver yo misma. *hace que le busca.*
- Ros.* Y por qué haceis esas locuras?
- Narc.* Porque:— yo:— ahora no puedo hablar.
- Vuelve Eugenia, y los ve hablar en secreto.*
- Eug.* Qué friolera! Si teneis que tratar cosas que no quereis que las sepan, en vuestra casa podiais tener esas conferencias, y no veniros á dar escándalo en las agenas. *vase.*
- Ros.* Qué dice esta muger?
- Narc.* Yo no lo sé, Dios me defienda de mí mismo, que en sí mismo mi pecho el peligro lleva. *vas.der.*
- Ros.* Qué es esto, puede ascender á tal grado la demencia de sus celos, que en mí lleguen á recaer sus sospechas?
- Este agravio á mi decoro? Fortuna que hoy mismo llega mi marido. Mas yo ahora he de quedarme aquí expuesta á sufrir otro desayre?
- No: de ninguna manera; yo me voy, y haré á mis ojos partícipes de mi afrenta.
- Sale Sat.* Aquí está el grande secreto. Se han entrado á la otra pieza?
- Ros.* Yo no lo sé. Acompañadme.
- Sat.* Dónde?
- Ros.* A mi casa.
- Sat.* Y la cena?
- Ros.* Qué cena Hacedme el favor de sacarme de aquí apriesa.
- Sat.* Por qué?
- Ros.* Os lo diré en mi casa
- Sat.* Pero...
- Ros.* Si os deteneis, fuerza será que me vaya sola.
- Sat.* Vamos adonde usted quiera. Qué novedad habrá habido?
- Ros.* Yo voy absorta: voy muerta. *v.*
- Sale Eug.* Doña Rosalía, vuelvo á que de mi ligereza... Mas dónde está? Se ha ausentado. Yo he procedido indiscreta, y ella debió de picarse. Pero qué... se fué con ella D. Narciso? sí, no hay duda; ve aquí: el ingrato me deja por servir á su cuñada, y culpa mis impaciencias. Mas yo esta vez he de darla un chasco á ver si escarmienta. En el cuarto de mi tio... Pero estas cosas se arriesgan mas cuando mas se meditan. Falso, yo te haré que entiendas cuánto injuria á un pecho amante, una vil correspondencia. *vase.*
- Calle y obscuro, con una puerta á la izquierda, salen por la derecha D. Saturio y Doña Rosalía.*
- Sat.* Ve allí, aquella es vuestra casa;

pero ántes de entrar en ella,
decidme, qué os ha obligado
á resolucion tan séria?

Ros. Qué puede obligarme? Nada;
mugeriles imprudencias
de vuestra sobrina. Dice
las cosas como las piensa,
y yo no debo sufrir
que á mi respeto se atrevan.

Sat. Pero qué os dije? Yo dudo
que mi sobrina quisiera
enfadaros; su carácter
es sencillo; su inocencia
és singular, y su genio
es blando como una cera.
Sin embargo, algunas veces
rábia, maldice y pateá;
pero en cuanto á lo demas
la chica es una cordera.

Doña Eugenia al bastidor con capa, sombrero y espada.

Eug. Allí están los dos; los celos
á mis pies diéron espuelas,
que si no se entran en casa
burlando mi diligencia,
el fementido galan,
y la rival encubierta.

Sat. Entrad.

Ros. Baja luz, Anselmo.

Eug. Villano, así se escarmientan
traiciones averiguadas
y prevenidas cautelas. *dale y vase.*

Ros. Ay de mí!

Se entra y cierra la puerta.

Sat. Ay de mí tambien,
que me han roto la cabeza.
Del hueso pericraneó
me han quitado libra y media.
Doña Rosalía... pero
se fué, y aun cerró la puerta.
Cielos, quién pudo atreverse
á desbaratar las ciencias
que en mi cerebro se archivan?
Pero voyme ántes que vuelva
alguno á rematar la obra
á que en la vecina tienda
me apliquen al casco huevos,
estopas y girapi ga.

ACTO TERCERO.

Salon con mesa y luz: sale Eugenia.

Eug. Dicha ha sido sin que alguno
lo notase haber entrado
en casa; Fausta y mi tío
ahora estarán ocupados
en el obsequio del huésped.

Poco ha que salió Don Claudio
de aquí, y habló con mi hermana.
Si habrá visto á aquel ingrato,
si de resultas del golpe
padecerá grave daño?

Verdaderamente yo antes
debía haber meditado...

Mas por qué he de arrepentirme
del castigo que dí á un falso
amante, quando los celos
mi pecho están devorando?

No; lo que siento es que entónces
no se hubiese trasladado
la furia del corazon
á la violencia del brazo.

Pero en fin, ya que no baste
mi furor para su estrago,
le echaré de mi memoria,
y borraré su retrato.

Ay! que el proponer es fácil;
mas podré cumplirlo acaso?

Sí; porque impondré silencio
á mis afectos villanos,
y sepultando mi vida

en los límites de un claustro,
exhalaré mis suspiros
donde no pueda escucharlos
sino mi propio tormento,
mi afan, mi pena y mi llanto.

Sale Doña Faus. Qué haceis aquí sola?

Eug. Nada.

Faust. Lloras?

Eug. No.

Faust. Yo me persuado
que inventas estas locuras
deceosa de tu daño,
á fin de que Don Narciso
de tí se vaya cansando.

Eug. Y qué me importa?

Faust. Yo sé si te importa ó no. Es en vano conmigo tu disimulo.

Eug. Te persuades á un engaño.

Faust. Pues que ya no le amas?

Eug. No.

Faust. Los celos te están dictando estas expresiones. *Eug.* Presto verás sus resultas.

Faust. Cuándo?

Eug. Mañana, cuando me veas por fruto de un desengaño gozar mi tranquilidad distante de los humanos.

Faust. Qué te quieres meter Monja? tú lo pensarás despacio.

Eug. Hermana, aun no me conoces.

Faust. Te conozco demasiado, y de tus resoluciones por lo mismo no hago caso.

Eug. Soy irracional, no es esto? Soy inconsecuente.

Faust. A ratos; ó que Doña Rosalía lo diga.

Eug. Y en qué he injuriado yo á esa señora?

Faust. No es nada, y se quedó aquí llorando, segun me dixo Liseta.

Eug. Mas la causa de su llanto no la sabes. Pues lloraba porque halló aquí á su cuñado. No quisiera que jamas se apartase de su lado; y si se queda á comer en otra parte, si acaso no va presto á servirle en la mesa, á hacerle plato, y para que no se queme tambien á entibiarla el caldo, dice que no la respeta como merece su estado.

Faust. Poco puede durar eso.

Eug. Cómo poco?

Faust. Sí; en llegando su marido se acabó;

y segun dijo Don Claudio, me le esperaban esta noche.

Eug. Sí, pues mira qué cuidado tiene de venir á verme.

Sabe él apartarse acaso de su cuñada?

Faust. Vesle ahí.

Eug. Aquí viene, cielos santos! yo me turbo al verle. Si me conocería cuando:-

Mas su rostro no da señas de algun interior quebranto.

Faust. Háblale con suavidad.

Eug. Quieres que vaya á rogarlo?

Faust. No te ruega él otras veces!

Eug. Yo no sé humillarme tanto; mas si pudiera esperar que su amor me fuese grato... quién sabe... tal vez... entónces...

Sale Narc. Señoras, estoy postrado á vuestros pies, permitidme, mi señora Eugenia un rato de atencion, y oiréis lo que nunca habreis imaginado.

Me alegro que Doña Fausta esté aquí, y oiga lo que hablo.

Faust. Mal humor trae. Jamás le he visto tan sofocado.

Eug. Qué apuestan que todavía nos viene haciendo de guapo?

Narc. Vos sabeis que os quiero, mas tampoco habreis ignorado que soy un hombre de honor.

Eug. No sé ni uno ni otro.

Narc. Acaso pondreis duda en mi honradez?

Faust. Si siempre está delirando. No se ve que expresamente lo dice por enfadaros?

Narc. Esta señora es muy dueño de hablar, y decir cuanto quiera contra mi amor; pero no contra el honor que guardo.

Eug. A ceñir yo espada, ya me hubierais desafiado.

Narc. Dichosa vos, que podeis impunemente burlaros de unos asuntos bien sérios.

para mí. No obstante, vamos á lo que importa. Mi amor para con vos ha llegado al mas irrisible extremo. Me constituye insensato, enemigo de mí propio, é imparcial con los humanos. Mas todo esto importaría poco, á no haberme graduado de impolítico, grosero, y lo que es peor, de ingrato contra mi sangre y familia. Decid, qué dirá mi hermano cuando sepa que he sufrido injurias contra el recato de su esposa.

Eug. Vaya, que ya la habreis desenojado en el camino.

Narc. Yo cómo?

Eug. La fuisteis acompañando, y me preguntais el cómo?

Narc. No hice tal: desesperado salí de aquí; pero luego en fe de discursos varios, eché de ver cuán preciso era cumplir con entrambos conduciéndola á su casa, y vuelvo determinado á egecutar lo que debo.

Eug. Quién sería el mentecato *ap.* que la acompañó; y en quien mis celos se han despicado!

Narc. Y así, me dareis permiso...

Salen Don Saturio con la cabeza entrapajada.

Sat. Fausta, Eugenia, por los Santos de vuestra devocion, me pongais sobre estos trapos aunque sea de la cama la colcha, que me desmayo.

Faust. Pues qué ha sido esto?

Sat. Fuí á Doña Rosalía acompañando, y al entrar en su portal...

Eug. Qué oigo!

Sat. Algun picaronazo, sin decir oste ni moste

me pego un chirlo de un palmo.

Narc. Y ella?

Eug. Esta declaracion me disuade de mi engaño. *ap.*

Por fin, siento que en mi tio caiga el mal, pero no tanto.

Sat. Se afufó, y cerró la puerta; pero sobrinas, qué diablos haceis? Corred, aplicadme cualquier cosa... Mas dexadlo, que ahora que me acuerdo, voy á la cocina volando.

Chupa-guindas?

Dent. Chup. Señor?

Sat. Sal aquí al instante.

Sale Chup. Ya salgo.

Sat. Y la lumbre?

Chup. En la cocina.

Sat. Y los pichones?

Chup. Pelados.

Sat. Y la ensalada?

Chup. Picada.

Sat. Y la ternera?

Chup. En el tajo.

Sat. Y el vino?

Chup. Allí está

Sat. Y los pollos?

Chup. Uno se el llevó el gato.

Sat. Hombre, qué cuidado tienes?

Chup. Pero allí se dejó el caldo.

Sat. Y tú dónde andabas?

Chup. Yo le fuí á coger por el rabo;

pero él estaba de priesa, y se me escapó de un salto.

Sat. No importa. Si falta un pollo, tambien hay un convidado menos: ven, que son las nueve y querrá cenar mi amo. *vase.*

Narc. Quién sería este hombre?

Eug. Quien? Algun nuevo apasionado de sus perfecciones.

Narc. Eso hace á su modestia agravio, y yo no debo sufrirlo.

Eug. Teneis celos? Despicadlos

con ese galan oculto.

Narc. Señora, no hagais escarnio de mis sentimientos.

Eug. Soy loca: ya estais informado.

Narc. No digo tal.

Eug. Pues decidlo.

Narc. Cuerda sois, y demasiado conoceis de una pasión los transportes tumultuarios; pero yo he sido tal vez mas discreto en evitarlos. Debía haber conocido que tus celos son un claro indicio de tu fineza.

Eug. Si lo conoces, ingrato, por qué no buscas el medio mas pronto de remediarlos?

Narc. Sí: no tardarán en verse nuestros deseos logrados, y conocerás, querida Eugenia, cuánto te amo.

Eug. Ah! Ya es tiempo que respire mi corazón agitado.

Narc. Ahora espero, dueño mio, de tus amorosos labios un favor.

Eug. Manda: eres dueño.

Narc. Ya sabes lo que ha pasado con mi cuñada aquí mismo: que se fué bañada en llanto, corrida de tus sospechas, y tus disgustos amargos. Sabes el lance que ahora tu tío nos ha contado, y que uno y otro es preciso que tenga sobresaltado su corazón.

Eug. Y qué quieres?

Narc. Que me permitas que un rato vaya á consolarla, á fin de que si viene mi hermano no la encuentre sola, llena de pesares y quebrantos.

Eug. No tiene quien la acompañe?

Narc. Quién? ya lo ves. Los criados.

Eug. Esta es la enmienda que tiené; mas soy necia en apurarlos. *ap.*

Si debes cumplir con todo; ve, que te estará esperando.

Narc. Lo dices de veras?

Eug. Yo nunca me chanceo.

Narc. Es este el favor que habiais de concederme?

Eug. Y acaso, no digo que os le concedo?

Narc. Sí, de mala gana.

Eug. Cuando cumples tu gusto, en el mio no debes hacer reparo.

Narc. Cumplir mi deber quisiera.

Eug. Cumplidle, no os lo embarazo.

Narc. Eso sí, que á todo trance quiero y debo ejecutarlo; si el dedicarme á la justa obligacion en que me hallo me cuesta perder tu amor, perderé la vida á manos de mi pena; mas no debe preferir un hombre honrado al honor de su familia sus sentimientos privados.

Eug. Hareis por mí una fineza?

Narc. Cuál? Solo saberla aguardo.

Eug. Que os vais al instante, y que no me esteis atormentando.

Narc. Y he de dejarte enfadada?

Eug. Yo no lo estoy, porque es claro que el honor de una familia vale mas que los alhagos de un amor:— Pero qué amor? Ah! Ya me he desengañado.

Narc. Injusta, falsa, cruel.

Eug. Qué decis? Ved que no aguanto insolencias.

Narc. Ni yo puedo sufrir las penas que paso.

Sale D. Claud. Amigo, oye una palabra con vuestro permiso. *(bri:*

Narc. Ay Claudio! socórreme.

Eug. Socorred á ese inocente. Quitadlo de la vista de una loca que le está mortificando.

Claud. Amigo, al volver aquí
Doña Fausta me ha contado
lo que ocurre, y me parece
muy mal no hayas hecho caso
de tu cuñada; y que á mas
de no haberla acompañado,
no vayas y la procures
satisfacer de esté agravio.

Eug. Y por qué no va á servirla?
Si yo se lo estoy rogando.

Narc. Vos me lo rogaís, eh?

Claud. Vaya,
acuérdate de tu hermano,
y cumple esta obligacion.

Eug. Y advertid que mas me enfado,
cuanto mas tardeis en irós.

Narc. Ah, qué corazon tan falso!

Claud. Esto lo exige el decoro.

Narc. Sí; vamos presto, Don Claudio.

Claud. Y Doña Eugenia tambien
te lo permite.

Narc. Sí, vamos.

Claud. Disculpadle.

Eug. Lo merece.

Narc. Inhumana.

Eug. Ya me canso.

de oír injurias. Os vais,

ó me voy yo de este cuarto?

Narc. Traidora, infiel... Yo me iré,

no tengais que incomodarós. *vase.*

Claud. Perdonadle, que es forzoso...

Eug. Bien está, seguid sus pasos.

Claud. Pues qué os enfadais conmigo?

Eug. Señor protector, guiadlo.

Claud. Yo de quién soy protector?

Eug. Protector de los cuñados.

Claud. Sois muger, y estais celosa,

es menester disculparos. *vase.*

Eug. Gracias á Dios que se han ido,

y queda todo acabado.

Si llegare á ser mi esposo,

yo viviría pensando

siempre, y él en mis cadenas

gemiria involuntario.

Bien se ve que no me quiere,

ni me ha querido. Si alcanzo

esta reflexion, por qué

no estimo su desengaño?

Por irle con su cuñada
me deja á mí delirando,
y yo deberé quererle?

No, no haré yo ese atentado.

Pero ay Dios, que esta memoria

mi pecho está devorando.

No es el amor quien produce

la angustia de mi agitado

corazon, es el enojo;

no el enojo de que ingrato

me abandone, sí el enojo

de haber creí'o su alhago:

y de ser tan insensata

que la pérdida de un falso

amante ha de reducirme

á un carcelage forzado

en la mansion de un retiro,

porque vaya publicando

mi desesperacion triste

como un triunfo extraordinario

de su perfidia? Eso no,

sepárese de mis brazos;

pero admire la constancia

de un corazon obstinado...

Mas qué constancia (ay de mí!)

si muero de imaginarlo.

Salen Don Saturio y Don Victor.

Sat. Quién es quien manda en la casa?

¿Soy yo algun hombre de trapo?

Eug. Pues con quién os enfadais?

Sat. Loca, contigo me enfado.

Eug. Conmigo?

Sat. Sí.

Eug. Por qué causa?

Sat. Porque yo aquí soy el amo,

y una sobrina que vive

á expensas de mi conato,

sin consentimiento mio

no debe tomar estado.

Eug. Qué os ha dicho que yo...

Sat. Fausta me lo ha declarado.

Señor Vizconde, mirad,

no habreis visto ente mas raro

de muger: su gusto á todo

debe ser privilegiado;

es la mas faina, mas loca,

mas sin juicio; y sin embargo

ya solicita casarse.

- Vict.* Pues vos la habéis alabado
delante de mí. Digisteis
que igual espíritu y garbo
no se hallaría en el mundo.
- Sat.* Quién? Yo? Estaría borracho.
Me desdigo: es una loca.
- Eug.* Señor, como no habreis dado
crédito á las alabanzas,
que no se le deis aguardo
tampoco á los vituperios.
- Vict.* Para mas aseguraros
de que no os lo creo, si
sucudiese algun acaso
de aquellos que yo he previsto,
no tendré algun embarazo
en ofreceros amante
mi corazon y mi mano.
- Sat.* Cómo? Un Vizconde de Valle-
seco, Señor de vasallos,
se dignará de casarse
con mi sobrina?
- Vict.* Y si alcanzo
tal felicidad, me juzgo,
señor, muy afortunado.
- Sat.* Ay sobrina! Este sería
para mí un inmortal lauro,
y para tí un grande honor.
El excelso, insigne y claro
Vizconde de Valle-seco,
pimpollo ilustre de tantos
heroicos progenitores,
flor de la nobleza, ornato
de la virtud, rico, augusto,
científico y cortesano,
gustar de ser mi sobrino?
Hablais de veras?
- Vict.* Me aplaudo
mas de la formalidad
que de estos titulos vanos
que me dais sin merecerlos.
- Sat.* Señor Vizconde, los labios,
de la cólera impelidos,
suelen decir mil desbarros.
Creed que Eugenia es perfecta
en todo; su soberano
ingenio no tiene igual,
entiende y sabe de cuanto
se la pida; es cuerda, humilde,
- bella, y para no cañsaros,
posee en fin cuantos dones
pueden ser imaginados.
- Vict.* Lo creo; mas sé que tiene
su corazon empeñado
por otro objeto.
- Sat.* Sobrina,
llegarán tus atentados
à perder esta fortuna
por Don Narciso, ese fatuo,
ignorante, majadero,
vagamundo y mal criado?
- Eug.* Señor, acordaos que ha poco
que digisteis lo contrario.
- Sat.* Pues qué digo?
- Eug.* Le alabasteis.
- Sat.* Cómo alabar? Yo no alabo
tal género de personas;
y si vuelve à ser osado
à poner aquí los pies...
Si le miras...
- Eug.* Reportaos,
que Narciso para mí
desde este instante ha acabado.
- Sat.* Lo oye usted, Señor Vizconde?
Modo de pensar mas sabio
se habrá visto? Esta es prudencia,
virtud reflexion y garbo.
- Vict.* Decid, señora, llevó
por ventura aquel acaso?
- Eug.* Cuán oportuna sería
una venganza!
- Sat.* Ea, vamos,
resuelve: en solo un instante
puedes habitar palacios,
ser Vizcondesa, Duquesa,
y aun mas.
- Vict.* Señora, no tanto;
lo que yo puedo ofrecer
à vuestros pies es un grado
conveniente y decoroso.
- Eug.* Puede ser que aquel ingrato,
cuando me lloré perdida
se arrepienta de haber dado
causa à mi mudanza: y si él
ya no me quiere, qué aguardo?
Muera esta pasion.
- Sat.* Y bien,

qué dice?

Eug. Señor, me allano
á lo que vos dispusiereis.

Sat. Lo escuchais? Es un milagro
su discrecion.

Vict. Ahora todo
consiste en vuestro bizarro
proceder.

Sat. Por mí al instante
podeis firmar el contrato.

Vict. Doña Eugenia por sí sola
vale un tesoro.

Sat. Casaos.

Vict. Bien, pero los intereses
de mi casa y de mi estado
exigen alguna dote.

Sat. Dote!

Vict. Pues se os hace extraño?

Sat. Que no pueda uno salir
de hambrientos ó estrafalarios!

Eug. Mi dote ha de parecer,
mi padre me le ha dejado,
y no debéis ocultarle.

Sat. Pero antes es necesario
ver si tiene suficientes
fondos para egecutarlo.

Eug. Un caballero tan rico...

Vict. Mejor sería mostraros
mas advertido con gentes
que no conoceis, ahorrando
insultos á hombres de honor,
despues de haber ponderado
circunstancias que ignorais.

Vos me ofrecisteis la mano
de esta señora, ella misma
le eleccion ha confirmado;
en cuanto al dote, el que me hagan
justicia queda á mi cargo.

Sat. Oid, oid... Yo no quiero
pleytos, llévelos el diablo.
Es preciso sostener
la palabra que le he dado.

Eug. Pero Señor:—

Sat. No hay arbitrio..

Eug. Ved primero:—

Sat. Es escusado;
yo á buscar el dote, y vos,

sobrina mia, á casaros. *vase.*

Eug. Ay infelice de mí!

qué resolucion acabo
de hacer! Mas no me arrepiento;
véame ese temerario

casada con otro, y lllore
celos, injurias y agravios.

Pero ah! qué necia! Mas presto
se reirá de mí el ingrato,
en llegando à conocer
que por despecho me caso.

Imitar la indiferencia
de su corazon villano

debo; yo amaré al Vizconde;
yo haré que le encuentren grato
mis ojos:— Pero quién entra?

El es: viene ese inhumano
à atormentarme de nuevo?

Pesares míos, huyamos, *hace que se*
Sale Narc. Tente, Eugenia. *(va.*

Eug. Qué quereis?

Narc. Escucha.

Eug. Habeis consolado
à la afligida señora?

Narc. No, que ya en mí ha terminado
la obligacion de su obsequio.

Eug. Cómo?

Narc. Ha venido mi hermano,

Eug. Su marido?

Narc. En este instante
se apea, y desde sus brazos
vengo à tus pies: ya le he dicho:—

Eug. Que como fino cuñado
habeis procedido en todo
con su muger muy exacto.

Narc. No, injusta. Le declaré
nuestro amor, y se ha mostrado
muy complacido; desea
que se efectúe este lazo;
permite, si es nuestro gusto,
que en una casa vivamos,
ó como a tí te acomode,
distantes y separados;
y si no puede tu tio
(perdóname si te agravio)
darte el dote por ahora,
no le sirve de embarazo,

pues por verme satisfecho,
 desestimo todos cuantos
 intereses tiene el mundo.
 A Doña Fausta le acabo
 de comunicar las dichas
 que próximas disfrutamos.
 Sí, Eugenia, que sepan todos
 los placeres de que ufanos
 estan nuestros corazones
 sensibles y enamorados.
Eug. Ah insensata! qué he hecho yo! *ap.*
 Por qué al Vizconde habré dado
 tal palabra?
Narc. De esta suerte
 recibes, sin hacer caso,
 una noticia, de quien
 me habia lisonjeadó
 que te alegrase en extremo?
 Ya te consta el desengaño
 de que Doña Rosalía
 es la esposa de mi hermano;
 mas si aun en virtud de serlo
 no nos permites tratarnos,
 jamás me verán sus ojos,
 porque cesen tus cuidados.
Eug. Amor tan fino merece
 de mí proceder tan falso? *ap.*
Narc. Mas no me respondes, lloras,
 qué tienes?
Eug. Cruelles hados!
 qué resolución ha sido
 la mia! Me anega el llanto
 las palabras.
Narc. Si tu enojo,
 mi bien, porfia en mi daño,
 de nuevo á tus pies rendido
 que me perdones aguardo.
Eug. Ay de mí! *se arroja sobre una*
Narc. Qué es esto, Eugenia? *Silba.*
 Cielos!
Eug. Ay Narciso amado!
 Despréciame, sienés harta
 razon para egecutarlo.
Narc. No, bien mio; quiero amarte
 siempre, quiero ser tu esclavo.
Eug. Yo no merezco tu amor.
Narc. Tú eres ya mi esposa.
Eug. Ah engaño

lisonjero! No lo deas.
Narc. No? por qué?
Eug. Porque he empeñado
 mi fé con otro.
Narc. Con quién?
Eug. Con el forastero.
Narc. Cuándo?
Eug. Ahora.
Narc. Por qué?
Eug. Por vengarme.
Narc. Contra quién, dueño adorado?
Eug. Contra quién? contra mí misma,
 contra mis caprichos raros,
 contra mi corazón:— Ay
Se cubre la cara con el pañuelo.
 infelice! Yo desmayo.
Narc. Ah cruel! Ah inhumana! Este
 es el amor que en tí hallo?
 Esta es tu fidelidad?
 No, jamás has estimado
 mis finezas; siempre han sido
 engañosos tus alhagos,
 mentirosas tus caricias,
 y ahora es fingido tu llanto.
 Cenoci la inclinacion
 que á mi rival has mostrado:
 desde luego echo de ver
 que los insultos villanos,
 las injuriosas sospechas,
 y los celos infundados
 eran pretextos á fin
 de que cediese al contrario
 la victoria de tu amor;
 cruel, conseguiste el lauro;
 sembraste en mi buena fé
 la semilla de tu engaño,
 ya la disfrutas; ahora
 burlate de un desdichado
 que muere por tí; mas tiembla
 de que el amor con sus rayos
 castigue tus falsedades:
 te abandono á tus amargos
 remordimientos crueles;
 y por último holocausto
 de una lealtad mal premiada,
 y un afecto despreciado,
 te doy palabra de no
 verte jamás, *duende ingrato.*

Al irse Narciso, Eugenia abre los brazos, y dejándolos luego caer como desmayada.

Ay de mí! bien mio, Eugenia:-

Fausta, Lilea, Criados.

Salen Fausta y Liseta.

Faust. Qué es esto?

List. Qué ha sucedido?

Faust. Hermana?

Lis. Está alborotado el pulso.

Narc. Ah! Si no me amara!

Pero es muger. Qué milagro

que sepa fingir?

Lis. Ya vuelve.

Faust. Hermana, el mayor contrario de tí misma eres tú.

Eug. Deja

que me acabe mi quebranto.

Dejadme morir, dejadme.

Narc. No, Eugenia, vive. Los hados

quieren que solo yo muera,

ó viva desesperado;

pero aunque agena te llore,

te amaré como te amo.

Faust. Y por qué ha de ser agena?

Narc. Porque á un deseo tirano

de vengarse sacrifica

la felicidad de entrambos.

Faust. Lo dices por el Vizconde?

Narc. Sí: le ha ofrecido su mano,

que para ser él felice

yo debo ser desgraciado!

Faust. Los felices sois vosotros,

por haberme interesado

yo á vuestro favor: le he dicho

al Vizconde cuán en vano

le adula su confianza,

que Eugenia se ha lisonjeado

de lograr vencer su amor

por un medio extraordinario;

pero que os ama; y que nunca

podrá vivir sin amaros;

él, que es prudente, no quiere

ir en su pecho criando

la vívora de un afecto

que crezca para su daño;

y la deja en libertad.

de disponer de su mano.

Eug. Qué dices, Fausta? Eso es cierto?

Se levanta.

Faust. Sí, no tienes que dudarlo,

Narciso es tuyo.

Eug. Ay hermana!

no será mio, es engaño.

Narc. Por qué?

Eug. Porque no merezco

una lealtad que he injuriado.

Narc. Ya reconoces tu error?

Cruel, me has abandonado

sin motivo.

Faust. Dejad ya eso.

Eug. La razon mueve sus labios,

Fausta mia. Ya conozco

que mi pecho ha sido ingrato,

que mis excesivos celos

todo mi mal han causado;

mas no extrañeis mi vehemente

aprension y sobresalto,

porque jamás los mortales

padecen entre los varios

afanes que les oprimen

tormento mas inhumano,

que el golpe invisible de estos

verdugos imaginarios.

Faust. Pero la cordura puede

vencerlos y desarmarlos.

Eug. Perdona mis frenesías.

Narc. Daré al olvido mi agravio.

Eug. Y en mi corazon...

Narc. En mi alma...

Eug. Nuevo placer...

Narc. Nuevo alhago...

Los dos. Renazca y borre la imágen

de nuestros celos villanos (llero?

Sale D. Sat. Qué hæce aquí este caba-

Faust. Este ha de ser mi cuñado,

Señor, con vuestro permiso,

que Eugénia le da la mano.

Sat. Cómo, infame? así destruyes

los proyectos que he formado

sobre tu boda? No es digno

ese mozuelo ordinario

de emparentar con nosotros;

váyase de aquí ó le mato.

Faust. Señor, pretende á mi hermana

sin dote.

Sat. Sobrino amado,
abrázame.

Narc. Pues vuestros
insultos.

Sat. Eh! no hagáis caso,
yo no habia conocido
vuestro proceder bizarro.

Conque la quereis sin dote?

Narc. Si señor; no me retracto.

Sat. Pues ya es vuestra mi sobrina.

Los dos. Dulce fin de afanes tantos.

Salen D. Claudio y D. Víctor.

Claud. Aquí está el señor Vizconde
que viene à felicitaros;
y persuadido de mí,
remitirá sus agravios,
con que le dé D. Saturio
el no difícil descargo
de una satisfaccion leve.

Sat. Que viva el señor D. Claudio.
Y con qué podré yo ahora
tanta fineza pagaros?

Claud. Con lograr de Doña Fausta
el amor, quedan premiados
mi fineza y mi deseo.

Sat. Ya es vuestra.

Faust. Mi dicha aplaudo.

Sat. Señor Don Víctor, el Cielo
por sus ocultos arcanos

quiso que así sucediese.
Eugenia merece cuanto
es creible, y la fortuna
su mérito ha compensado,
dándola por dueño el mas

atento, ilustre y bizarro
mozo que hay en toda España.
Perdonadme si he faltado
à la promesa que os hice.

Vict. Perdono en vos el mas raro
y despreciable capricho.

Sat. Viva el Vizconde mil años.

Vict. Y me obligo à ser padrino
de entrambas bodas, mostrando
que aunque de unos ojos bellos
sufrí el poderoso encanto,
lo prudente ha de triunfar
siempre de lo enamorado.

Sat. Viva el Vizconde de todos
los Vizcondes.

Todos. Tributamos
gracias à vuestras bondades.

Sat. Ehi, Chupa-guindas? muchacho?

Sale Chup. Señor?

Sat. A poner la mesa,
que aguarda la cena mi amo.

Narc. Y en nuestra felice union,
desmentidos los extraños
caprichos de amor y celos:

Todos. Logren perdon, si no aplauso.

F I N.

CON LICENCIA:

VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ. 1817.

Se hallara en la libreria de los Señores Domingo y Mompie, calle de
Caballeros número 48; y asimismo otras de diferentes titulos, y
un surtido de 200 Saynetes por mayor y à la menuda.

